

INTRODUCCIÓN

La idea de nación y la concepción de historia y literatura nacional fueron creadas en Colombia en el siglo XIX por una minoría de políticos y hombres de letras a partir de la narración de las guerras de Independencia y el registro escrito de la organización política y territorial del nuevo Estado republicano. Dichos letrados, que se adhirieron a la ideología europea y a los idearios de los recién creados partidos liberal y conservador, iniciaron y entronizaron en los siglos XIX y XX una imagen oficial de la nación a través de la fundación de academias e institutos encargados tanto de regular y difundir la lengua española y la historia y literatura de Colombia como de escribir y divulgar libros de historia y literatura producidos en las instituciones estatales. Me refiero específicamente a la fundación de la Academia Colombiana de la Lengua en 1871, la Academia Colombiana de Historia en 1902 y el Instituto Caro y Cuervo en 1941, así como a las obras *Historia de la revolución de la República de Colombia* escrita por José Manuel Restrepo en 1827, *Historia de la Literatura de la Nueva Granada* escrita por José María Vergara y Vergara en 1867 y el manual de *Historia de Colombia* escrito por José María Henao y Gerardo Arrubla en 1911. Estas obras se instituyeron en iniciadoras de la historia y la historia literaria de Colombia y, durante más de un siglo, fueron consideradas fundamentales en la enseñanza de esas materias en las escuelas del país.

La concepción inclusiva de la nación y la nacionalización e institucionalización del pasado colombiano articuladas en la escritura oficial de la historia e historia literaria perdieron relevancia y credibilidad entre los colombianos a partir de la década de 1950, a causa de importantes acontecimientos políticos, económicos y culturales que ocurrieron en Colombia en esa época, como el asesinato en 1948 del popular candidato presidencial por el partido liberal, Jorge Eliécer Gaitán, que causó una extrema polarización social y política y desencadenó grandes revueltas populares en las principales ciudades del país. Tal descontento político —producto de la frustración de las masas que, una vez más, sentían que se incumplían las promesas de justicia social— dio origen

a las “violencias” (estatal-militar, paramilitar, guerrillera, aumento de la delincuencia común y del narcotráfico) que han azotado al país desde entonces; la dictadura del General Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957), que aumentó el control estatal y causó gran represión entre los ciudadanos; la implantación por los dirigentes de los partidos liberal y conservador del Frente Nacional (1958-1974), que impuso la división del poder político y el mandato presidencial entre los partidos liberales y conservadores y sus respectivos candidatos para gobernar el país, de forma alternada, durante periodos de cuatro años;¹ y la creación, en la década de los sesenta, de las carreras de pregrado y maestría en historia en diversas universidades del país, las cuales enseñaron temas y metodologías diferentes a las practicadas por la historia oficial o “académica”, dando así origen a la formación de la primera generación de historiadores profesionales interesados en escribir la nueva historia de Colombia.²

Las “nuevas historias” obtuvieron un éxito editorial sin precedentes en el país, lo que evidenció que la historia de Colombia era leída por grupos populares y regionales que mostraban gran interés por el estudio económico y social del pasado colombiano. Asimismo, la escritura y el éxito editorial en todo el país de novelas colombianas, como las de García Márquez, que ofrecían versiones ficcionales alternativas a la historia oficial e incluían tramas en las que interactuaban personajes de diferentes regiones y clases sociales del país crearon en unos lectores y fomentaron en otros sentimientos de identidad nacional. El fomento de la lectura de las “nuevas” narrativas de la historia

¹ El sistema bipartidista del Frente Nacional, según sociólogos e historiadores, infundió entre los colombianos la desconfianza en proyectos políticos oficiales del Estado, debido a que se negó a los ciudadanos la completa participación en la sociedad civil y política nacional, lo cual incrementó las violencias sociopolíticas que han afectado al país desde entonces. Está situación de inestabilidad social contribuyó a que se postergara, una vez más, la constitución de una nación democrática en Colombia.

² El concepto de “Nueva Historia” se refiere en este libro, en primer lugar, a la teoría propuesta y desarrollada por el historiador Hayden White en sus libros *Metahistory. The Historical imagination in Nineteen-Century Europe* ([1973] 1975) y *Tropics of discourse in Cultural Criticism* (1985) y por el historiador Alun Munslow en su libro *Deconstructing History* (1997). En segundo lugar, la noción de nueva historia se refiere, en el contexto colombiano, no sólo a las postulaciones de White, sino, sobre todo, a los nuevos modos de escribir la historia de Colombia —desde perspectivas económicas y sociales— propuestos por los historiadores profesionales egresados de las universidades colombianas y extranjeras a partir de 1960. Estas dos acepciones del concepto de nueva historia y sus implicaciones en la cultura colombiana se estudian más adelante (*cf.* capítulos 10, 11).

y la literatura ocurrida en la década de 1960 condujo a la aparente conversión de nuevos lectores en nuevos ciudadanos, debido, quizás, a que por primera vez muchos colombianos se vieron incluidos individual y colectivamente en narrativas de alcance local, regional y continental (i. e. *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez) que los representaba simultáneamente como forjadores, reconstructores y exterminadores de su propia nación.

Desde luego que el aumento en los sentimientos de identidad nacional experimentado por los colombianos en la segunda mitad del siglo XX no se debió exclusivamente al auge de los lectores de las “nuevas” narrativas de la historia y literatura, sino, sobre todo, al crecimiento sostenido en los índices de la economía nacional e individual en Colombia a partir de 1930 a causa, entre otros factores, del incremento de los precios del café y otros productos de exportación, a la relativa industrialización del país, al gradual poder económico obtenido por las editoriales nacionales e internacionales en Colombia en la década de 1960 y, en fin, a la voluntad de modernización política, social, económica y cultural mostrada por el creciente número de colombianos que tuvieron un mayor poder adquisitivo que les permitió convertirse en consumidores de objetos de cultura como los libros de historia y literatura.

A fines del siglo XX, Colombia se presenta, a nivel nacional e internacional, como el país de las “violencias” individuales y de grupos armados y, al mismo tiempo, como un país con una economía estable y en relativo crecimiento que favorece sólo a minorías socioeconómicas y políticas, pues éstas niegan a la mayoría de los colombianos la distribución equitativa de la riqueza y de los recursos naturales, y el ofrecimiento adecuado de los servicios institucionales y sociales a los que por ley, según la reforma constitucional (la Constituyente) de 1991, tienen los ciudadanos pleno derecho legal. Esta dolorosa exclusión vivida diariamente por más de cuarenta y cinco millones de colombianos se ha convertido en referente no sólo de múltiples análisis y reportes histórico-sociales y políticos hechos por individuos, organizaciones y agencias gubernamentales nacionales e internacionales, sino también de novelas en las que se ha representado ficcionalmente el problemático entramado social de Colombia.

En el presente libro no sólo se estudian aspectos centrales de los modos discursivos empleados por la historia y la literatura colombianas en la representación histórica y novelística de los graves conflictos colombianos de fines del siglo XX y comienzos del XXI, sino que también se analiza la construcción oficial de la nación y de la historia y la literatura realizada por una minoría de

intelectuales criollos que, en el siglo XIX, canonizó (i. e. convirtió en nacionales, literarios y fundacionales) textos del pasado colombiano, excluyendo al “otro” (i. e., el indio, el negro y la mujer) y negando su condición de sujeto nacional, lo que causó, según la relectura propuesta aquí, la postergación del proyecto de unidad nacional en Colombia.

Parte de esta investigación se presentó en 1992 como tesis de doctorado de la Universidad de Madison, Wisconsin. El foco de estudio se centró entonces en el análisis de la formación del concepto oficial de la literatura e historia nacional en Colombia y su cuestionamiento en la obra (novelas, cuentos y artículos periodísticos) de García Márquez. En el presente libro, se amplía el corpus de esta investigación y se actualiza su teoría y metodología para intentar presentar elementos de discusión en el estudio de las relaciones que se establecieron en el siglo XIX entre los modos de escritura de la literatura y de la historia en Occidente, Hispanoamérica y Colombia. Además, se examinan diversos aspectos históricos, teóricos y discursivos interrelacionados que se convirtieron, a fines del siglo XX, en el centro del debate crítico de las ciencias sociales y ocasionaron el advenimiento del posmodernismo.³ Me refiero al cambio epistemológico que se dio en las ciencias sociales de Occidente en la década de los ochenta, como consecuencia de la crisis de los ‘grandes relatos’ o paradigmas de interpretación individual y social como el cristianismo, el freudianismo o el marxismo, que suplantó a teorías como el estructuralismo que suprimían el enfoque socio-histórico.

El posmodernismo –en tanto paradigma innovador y controversial, impuesto principalmente por comunidades académicas de Estados Unidos y

³ El posmodernismo o la “posmodernidad literaria” implica la presencia de a) diversos metalenguajes y variadas formas de autorreflexividad textual; b) intertextualidad o interpolación formal de textos y géneros; c) un reciclaje y superposición textual manifestada en el empleo literario del pastiche, el *collage* y lo *kitsch*; d) una re-elaboración –subversión y crítica– de un pasado textual mediante el uso del humor, en sus manifestaciones de ironía, parodia y farsa; e) la fragmentación *versus* la unidad; la multiplicidad *versus* la individualidad; la paradoja *versus* la lógica; la concordancia *versus* la contradicción; la continuidad *versus* la discontinuidad; la “otredad” *versus* la “mismidad”; la marginalización *versus* el eurocentrismo; la cultura *versus* el multiculturalismo; la heterosexualidad *versus* la homosexualidad; el “sexismo” *versus* el feminismo; la diversidad interpretativa (*le scriptible*) *versus* la unidimensionalidad autorial (*le lisible*). Asimismo, el posmodernismo incorpora los discursos de medios informativos (trans)nacionales: la música y arte popular y la cultura de masas (radio, cine, televisión y comunicación electrónica por la Red). (Cfr. Lyotard 1979; Hassam 1982; Habermas [1988] 1994; Hutcheon 1988 y Jameson 1991.)

Europa para interpretar fenómenos sociales y textuales occidentales y no occidentales— tuvo, entre otros, los siguientes efectos: a) la relativización (negación y pluralidad) de la verdad (religiosa, histórica y jurídica)⁴; b) el creciente interés que mostraron los estudiantes y estudiosos de las ciencias sociales en perspectivas de investigación que acentuaban la interdisciplinaridad y los factores históricos y sociales en sus argumentos científicos; y c) la atención crítica concedida al llamado “giro literario” en las disciplinas de las ciencias sociales, entre ellas la llamada Nueva Historia, es decir, la noción de que el método fundamental de presentación (investigación, composición, explicación) del objeto estudiado especialmente por la historia y la antropología contemporáneas es, a semejanza de la literatura, la prosa narrativa y sus recursos retóricos constituyentes (*cf.* Introducción, nota 2; capítulos 10, 11, notas 6, 8, 11, 12).

Hasta la década de los ochenta del pasado siglo, el estudio de la historia literaria suscitaba poco interés entre los investigadores, debido quizás a su conexión epistemológica con el historicismo del siglo XIX. Sin embargo, con el advenimiento en el siglo XX de la episteme posmodernista y de innovadoras metodologías en la investigación de la historia y literatura (i. e., nueva historia y neohistoricismo), el estudio de la formación de cánones literarios (nacionales) y la concepción de la historia literaria como ‘construcción’ desarrollada y modelada por intelectuales, académicos y políticos asociados a instituciones estatales, adquiere gran importancia.⁵ Al despuntar el siglo XXI, el

⁴ La relativización o neutralización que han sufrido, en el siglo XX, los conceptos decimonónicos de “verdad”, “ética” y “belleza” asociados tradicionalmente a la ciencia, la teología y la jurisprudencia, como al arte y a la literatura, han sido discutidos, respectivamente, por Hans Georg Gadamer, *Verdad y método* ([1975] 1988); Paul Ricoeur, *History and Truth* (1965) y Linda Hutcheon, *A Theory of Parody: The Teachings of Twentieth. Century Art Forms* (1985).

⁵ Cabe notar que la escritura de historias literarias nacionales, regionales y mundiales que intentaban abarcar “todas” las expresiones literarias existentes perdieron relevancia en la segunda mitad del siglo XX —a causa de la crisis de paradigmas en las ciencias sociales provocada por el advenimiento del posmodernismo— y dieron paso, ya en el siglo XXI, a proyectos de investigación cuyo objetivo es la escritura de ‘nuevas’ historias literarias que, sin intentar ser totalizadoras, incorporan ‘fragmentos’ de las diversas culturas literarias orales y escritas que co-existen en un país, una región y aun en el mundo entero. Véanse, por ejemplo, *Literary History: Towards a Global Perspective*. Ed. G. Lindberg-Wada. 4 vols. (Berlin/New York: W. de Gruyter, 2006); *Literary Cultures of Latin America. A Comparative History*. Eds. M. J. Valdés, D. Kadir. 3 vols. (Oxford: Oxford University Press, 2004); *Rethinking Literary History. A Dialogue on Theory*. Eds. L. Hutcheon, M. J. Valdés (Oxford: Oxford University Press, 2002). Y en cuanto a las literaturas nacionales, está el caso de Colombia, en donde las principales universidades

estudio de la literatura, como institución, y de la historia literaria, como construcción cultural en constante proceso de modificación, ha hecho que la investigación de estas cuestiones literarias incorpore herramientas y métodos de trabajo provenientes de diversas disciplinas como la historia, la antropología y la sociología y viceversa.

Este libro no se propone interpretar ‘literariamente’, una vez más, el conocido grupo de ‘grandes autores’ y ‘textos magistrales’ que tradicionalmente han sido canonizados por la historia e historia literaria oficial de Colombia. Su objetivo es, más bien, el análisis de autores, instituciones y publicaciones y de las respectivas estructuras ideológicas subyacentes en sus textos con el fin de determinar el origen y establecimiento de su estatuto canónico. Por consiguiente, el presente trabajo confiere gran atención crítica a las formas en que se escribieron, leyeron, definieron, interpretaron y crearon significado social e institucional el grupo de textos que se agruparía posteriormente bajo las denominaciones oficiales de proyección nacionalista de literatura, historia e historia literaria de Colombia.

El examen de la lectura oficial del pasado colombiano que se intenta realizar en esta investigación, plantea entonces, en primer lugar, la necesidad metodológica de cuestionar la mayoría de los términos y conceptos que los hombres de letras del siglo XIX, al fungir como historiadores y críticos literarios, tomaron como verdaderos e incuestionables y, en segundo lugar, la modificación y reformulación de los postulados de la teoría y crítica europea, norteamericana y latinoamericana para que se adapten al objeto de estudio propuesto en la presente investigación, esto es: la formulación de una teoría sobre la creación del Estado-nación en Colombia como contexto en el análisis de la construcción de la vertiente oficial de la historia y la literatura nacio-

del país (Universidad Nacional, Universidad de los Andes y Universidad de Antioquia) han agrupado en este nuevo siglo a investigadores nacionales y extranjeros tanto en el establecimiento de centros y redes de investigación como en la realización de coloquios, estudios y libros que se proponen incorporar perspectivas regionales no totalizadoras y teorías contemporáneas innovadoras en la descripción de la historia literaria nacional, tales como: el “Sistema de Investigación de la Literatura Colombiana” (SILC), plataforma/base digital de datos sobre la literatura de las regiones de Colombia fundada en 2002; “Red Colombiana de Investigadores de literatura colombiana” (RECIL), fundada en 2005; “Colombia: tradiciones de la palabra” (CTP), grupo de investigación de la Universidad de Antioquia fundado en 2007, el cual realizó el “Primer Coloquio nacional de historia de la literatura colombiana” (abril 24-26, 2008).

nal (siglos XIX al XX) y su “deconstrucción” (i. e., construcción-destrucción-reconstrucción) en las ‘nuevas’ narrativas de la historia y la literatura (siglos XX al XXI).

Específicamente, se analizan las siguientes cuestiones fundamentales:

1) Por qué, por quiénes y en qué formas la fundación y desarrollo de la historia y de la historia de la literatura en Colombia estuvo estrechamente relacionada con la historia política durante casi un siglo (*circa* 1867-1960).

2) Por qué, por quiénes y en qué formas fueron cambiadas en 1960 las nociones de la literatura como institución y las normas y programas de las academias de literatura e historia de Colombia.

3) Qué consecuencias socioculturales tuvo la apertura cultural ocurrida a fines del siglo XX en la literatura e historiografía de Colombia y en la producción no sólo de ‘nuevas’ narrativas literarias (i.e., *Cien años de soledad*) que fueron creadas e interpretadas como versiones alternativas de la historia oficial, sino, paralelamente, de ‘nuevas’ narrativas históricas que, al incorporar obras literarias como fuentes documentales, fueron leídas por el público en general como libros populares que explicaban por primera vez la historia de Colombia desde una perspectiva social y popular y no elitista.

4) En qué medida los temas, técnicas y discursos de la novela *Delirio*, publicada por Laura Restrepo en 2004, se entretejen para representar (históricamente) tanto el conflictivo mosaico social de la sociedad de Bogotá (microcosmos de Colombia) de fines del siglo XX como su proceso de (des)integración psico-social causado por la doble irrupción en el relato de las ‘violencias’ ficcionales que involucran a narradores y a personajes, y de las ‘violencias’ reales que siguen involucrando a los colombianos a principios del siglo XXI.

El estudio de la formación y subversión del discurso histórico y literario oficial de Colombia implica, en primer lugar, el examen del proceso de organización (ubicación) de obras dentro de las disciplinas de la historia y de la literatura colombiana, realizado por los intelectuales criollos; el examen de textos fundamentales de historiografía, historia literaria, crítica literaria, periodismo y literatura en los que se haya hecho una escritura y/o una lectura pro-oficial o revisionista del pasado cultural colombiano; y el examen de la canonización de escritos de la colonia de Nueva Granada. En segundo lugar, implica el examen de libros de la nueva historia de Colombia y de novelas del

boom y del *posboom* donde se haya hecho una lectura alternativa de la historia y literatura oficial. Por lo tanto, el corpus en que se basa esta investigación está compuesto por los siguientes textos: “Indicaciones para el buen gobierno” (1549); “Memorias del Mariscal Ximénez de Quesada” (¿1566? ¿1576?); *El Antijovio* (1567) de Gonzalo Jiménez de Quesada; *Historia de la revolución de la república de Colombia* (1827, 1858) de José Manuel Restrepo; *Historia de la literatura de la Nueva Granada* (1867) de José María Vergara y Vergara; *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria* (1911) de Jesús María Henao y Gerardo Arrubla; las novelas *Manuela* (1856) de Eugenio Díaz Castro; *Historia de un alma* (1881) de José María Samper; el poema apócrifo “Romance de Ximénez de Quesada” (1919) de José Franco Quijano; la novela *Jiménez de Quesada* o *El caballero de El Dorado* (1939) de Germán Arciniegas; los textos de historia *Introducción a la historia económica de Colombia* (1971) y “El estado y la política en el siglo xx” ([1978] 1989) de Álvaro Tirado Mejía; la obra narrativa, periodística y cinematográfica de García Márquez; y, finalmente, la novela *Delirio* (2004) de Laura Restrepo.⁶

Estos textos cubren un periodo de casi cinco siglos y presentan diversas tendencias genéricas, estilísticas e ideológicas del discurso cultural (histórico, forense, literario, periodístico y cinematográfico) de Colombia. Su selección se debió al deseo de analizar, desde diversos ángulos culturales, la construcción oficial de la nación y de la historia y literatura colombiana realizada por “intelectuales oficiales” (*cf.* capítulo 1, notas 31, 32; capítulo 2, notas 12, 13; capítulo 5, nota 32) y la consecuente “deconstrucción” (destrucción y reconstrucción) efectuada por historiadores y novelistas contemporáneos que presentan en sus textos, cada cual desde su propia concepción ideológica y estilística, diversas miradas al pasado cultural colombiano y nuevas perspectivas sobre la nación (*cf.* capítulos 7, 8, 9, 11, 12).

Como se estudia detalladamente en los capítulos 1 y 6, resulta altamente cuestionable el anacronismo histórico en que cayeron los intelectuales y políticos decimonónicos cuando implantaron un concepto oficial de nación y de cultura nacional en la sociedad colombiana, con el cual la preeminencia de la administración colonial (1551-1824) y el Estado republicano (1824-1903) hacía imposible la emergencia de una formación nacional de carácter democrático.

⁶ La referencia bibliográfica completa de estos textos se da en la sección Bibliografía, “Fuentes primarias”.

En el plano político, el siglo XIX fue para Colombia, al igual que para los otros países hispanoamericanos, un siglo de gran inestabilidad. Después de que el Estado de la Nueva Granada surgió de las guerras de Independencia (1810-1824), entró a formar parte, junto a los de Venezuela y Ecuador, de la confederación de la Gran Colombia, que fue disuelta en 1830. Seguidamente, en 1831, se creó el Estado independiente de la Nueva Granada y se adoptó, bajo la dirección ideológica del partido conservador, un régimen centralista que duró hasta 1858. El centralismo fue suplantado entonces por un sistema de gobierno federalista bajo la dirección ideológica del partido liberal, que estuvo en el poder hasta 1886. En ese año se escribió la Constitución que acabó de abolir las leyes provenientes de la época colonial. La Constitución de 1886 se instituyó en la base jurídica e ideológica del régimen conservador que prevaleció en Colombia hasta 1930. Durante este último periodo empezó a surgir entre los colombianos una conciencia nacional más definida que contribuyó a formar y consolidar en el país un primigenio sentido democrático de nación.

A pesar de que a principios del siglo XX se forma una idea más democrática de nación, las normas culturales surgidas durante el periodo en el que predominó el partido conservador y el sistema republicano de gobierno (1824-1930) siguieron vigentes, en gran medida, hasta que se instituyó en 1991 “la Constituyente”, que dio origen a la Constitución que rige actualmente en Colombia. De ahí que, a mediados del siglo XX, aún eran considerables el poder y la autoridad que había alcanzado la cultura oficial de origen republicano. No obstante, dicho modelo cultural y, en especial, el discurso literario e historiográfico oficial, han sido, a partir de las décadas de los cincuenta y sesenta del siglo pasado, cuestionados y revisados desde la historia, la literatura y el periodismo. De hecho, historiadores como Darío Jaramillo Agudelo y Jorge Orlando Melo, portavoces de la corriente denominada nueva historia de Colombia (*cf.* capítulo 1, nota 2; capítulo 10, capítulo 11, notas 6, 8, 11, 12), han logrado socavar la legitimidad y autoridad de la historia oficial. De modo análogo, Gabriel García Márquez, en sus textos narrativos, periodísticos y cinematográficos, ha logrado subvertir la “retórica oficial” subyacente en el discurso historicista colombiano.

Si bien es verdad que en este libro se examinan los aspectos políticos y las tendencias revisionistas de la cultura oficial nacional, desde las perspectivas de la historiografía, la historia literaria, la literatura, la crítica literaria y el periodismo, también es cierto que su centro de estudio es el análisis de la escritura y de la lectura de textos referentes a Gonzalo Jiménez de Quesada y

a Gabriel García Márquez. La concentración en el análisis de textos de escritores aparentemente tan dispares como éstos, obedece a la identificación de dos aspectos histórico-literarios importantes. El primer aspecto se revela en el hecho de que de todos los cronistas de la colonia neogranadina, Jiménez de Quesada es el autor a quien la crítica histórica y literaria oficial colombiana ha dedicado consistente y coherentemente (durante casi un siglo 1867-1952) un mayor número de manuales de historia y de historia literaria, en los que se ha buscado entronizar sus escritos como fundadores de la historia, la literatura y el carácter nacional de los colombianos (*cf.* capítulos 1, 4, 5). El segundo aspecto se manifiesta en el hecho de que García Márquez ha sido el escritor colombiano que más insistentemente, durante más de medio siglo (1947-2004) ha opuesto en sus textos narrativos y periodísticos una versión alternativa al tipo de discurso oficial que incluye en el canon literario e histórico textos escritos por hombres de armas y de letras de Nueva Granada y de Colombia (*cf.* capítulos 7, 8, 9).

Con el objeto de entender el evento literario completo (i. e. producción, reproducción, recepción, circulación institucional y/o difusión pública de los textos) y sus implicaciones y efectos culturales e ideológicos en la sociedad colombiana de ayer y de hoy, adopto en este libro un marco teórico general compuesto por diversas teorías y metodologías contemporáneas agrupadas bajo la categoría global del neohistoricismo.⁷ Según los postulados generales

⁷ El neohistoricismo (New Historicism) surgió en la década de 1980 en Estados Unidos como reacción al historicismo del siglo XIX (i. e. Dilthey, Popper y Herder) y a las vertientes del marxismo clásico (i. e., Marx, Engels), que plantean el análisis marxista como 'predicción histórica' y la concepción de la función social de la literatura como parte de la 'superestructura' de la sociedad y no de su base. Los principales portavoces del neohistoricismo son: Louis Althusser, Raymond Williams, Michel Foucault, Stephen Greenblatt, Catherine Callaghan y Clifford Geertz. El neohistoricismo es una aproximación crítica y metodológica que plantea que, dado que en un texto confluyen combinadamente las circunstancias psico-sociales, económicas y políticas en que surgió, el texto debe ser estudiado e interpretado como el producto cultural del tiempo histórico y el lugar geográfico (circunstancias histórico-culturales) en que fue escrito. Según el neohistoricismo, el estudio e interpretación del texto debe incluir el análisis del trasfondo psico-social particular del autor (su percepción del entorno cultural en que vive y escribe), así como las prácticas sociales (leyes y políticas culturales y convenciones de escritura y lectura) y las creencias colectivas (prejuicios y estereotipos) y los discursos y vigentes en la época de composición del texto. El neohistoricismo niega que la sociedad entrara en una fase posmoderna o poshistórica en la segunda mitad del siglo XX y afirma que todo en el texto (i. e., estructura, contenido, punto de vista) es producto tanto de la "posición" (agencia) o ideología indivi-

del neohistoricismo, la realidad (pasada y presente) es una construcción socio-cultural *producida* por el lenguaje en forma de texto, *codificada* en símbolos transmitidos históricamente y *reproducida* por instituciones, prácticas sociales y políticas gubernamentales y académicas que informan los modos en que se escriben, leen e interpretan los eventos-textos de ayer y de hoy. El neohistoricismo, por consiguiente, promueve la noción de que la realidad e identidad son moldeadas tanto por nuestra propia cultura –la cual se encarga de definir los roles sociales y las “posiciones ideológicas” (*subject positions*) seguidas por el individuo en la sociedad– como por la tensión generada entre las ideas y costumbres que moldean nuestra visión personal del mundo o ideología. En suma, el neohistoricismo plantea que no sólo las sociedades crean el significado de las cosas en nuestro entorno, sino también que la realidad y la identidad son construcciones sociales mantenidas y reproducidas por ideologías, signos y códigos culturales y estructuras de poder nacionales y transnacionales que afectan a individuos y grupos, en tanto creadores y consumidores (receptores) de artefactos culturales y prácticas de significación social y simbólica (*cf.* Introducción, notas 9, 10; capítulo 1, notas 12, 24; capítulo 10, nota 16).

Dentro del marco teórico del neohistoricismo elaborado en la presente investigación se integran teorías y metodologías contemporáneas provenientes de la historiografía y la literatura (i. e. los estudios culturales, la nueva historia, la semiótica y las teorías de la recepción)⁸ con el fin de conformar una categoría global de análisis que haga posible el estudio transcultural e inter-

dual del autor y su época como de las leyes valores, prejuicios de una época (episteme) o conciencia colectiva vigente en el contexto histórico, geográfico y cultural de una sociedad específica en la cual se produce, reproduce e interpreta un texto. Para una visión más detallada del origen y establecimiento del neohistoricismo, consúltese, entre otros libros, Greenblatt, Stephen. *Renaissance Self-Fashioning* (1980); Veeseer, H. A. (ed.), *The New Historicism* (1989); Dollimore (1998) y Gallagher, C. & S. Greenblatt, *Practicing new historicism* (2000).

⁸ Entre los iniciadores de los estudios culturales se cuentan los británicos Richard Hoggart, Edgard Thompson, Stuart Hall y Raymond Williams, siendo los tres primeros fundadores del Centre for Contemporary Cultural Studies de la Universidad de Birmingham, en donde se originó dicha teoría. Sus principales precursores y críticos son: Marx, Althusser, Lévi-Strauss, Barthes y Foucault. El establecimiento de los estudios culturales en Occidente y América Latina, se explica en Jessica Munns y Gita Rajan (eds.), *A Cultural Studies Reader: History, Theory Practice* (1995) y Mabel Moraña (ed.), *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: El desafío de los estudios culturales* (2000). Asimismo, los conceptos de Nueva Historia (*cf.* Introducción, nota 2; capítulo 10; capítulo 11, notas 6, 8, 11, 12), semiótica y teorías de la recepción se explican en la presente Introducción y se problematizan a lo largo de esta investigación.

disciplinario de las condiciones sociales, históricas, económicas y políticas en que la sociedad colombiana produce, disemina, consume y dota de significado cultural a una gran variedad de prácticas sociales, modos de discursos e instituciones estatales y públicas, entre las que se cuentan la historia, la literatura y los productos derivados de ellas, como son los libros y las novelas, en tanto bienes simbólicos e ideológicos y objetos comerciales de consumo.

La celebre propuesta del neohistoricismo de “estudiar la historicidad del texto [literario] y la textualidad del texto [histórico]” (Montrose citado en Veese 1989: 20, corchetes y traducción míos), está en estrecha relación con la propuesta central de la Nueva Historia de suspender las fronteras disciplinares entre la historiografía y la literatura, y de someter los textos históricos a análisis retóricos y textuales de procedencia literaria (*cf.* capítulo 1, nota 2; capítulo 10; capítulo 11, notas 6, 8, 11, 12). El empleo e interrelación de estas dos estrategias metodológicas resulta apto para explicar comparativa y detalladamente los diversos conceptos y modelos de análisis considerados relevantes para entender que en Colombia los discursos y los textos escritos en épocas diferentes han funcionado como una simbolización de expectativas individuales, usos, valores y prácticas culturales colectivas e institucionales que han coexistido desde la Conquista al presente. En efecto, en el acto comunicativo que encierra la escritura y lectura de textos tan diversos (i. e. históricos, literarios forenses, periodísticos y cinematográficos) como los que constituyen el corpus de esta investigación, participan agentes productores y mediadores (autor, lector, instituciones, editoriales) de la ideología articulada en ellos.⁹ Por eso, en

⁹ Empleo el concepto “ideología” de manera semejante a la de Louis Althusser y a la del historiador Alun Munslow. Althusser concibe la ideología como una serie de paradigmas que el ser humano sigue en su comportamiento individual, social, político, ético y religioso. Ideología, explica Althusser, también implica el hecho de que los individuos que viven en una época histórica determinada son influidos por una serie de valores y creencias sociales, políticas y religiosas que conforman la llamada por él “región ideológica dominante”. Desde esta perspectiva, la región ideológica dominante, por ejemplo, en la Edad Media es la religiosa. Consúltese Louis Althusser, *For Marx*, trad. Ben Brewster (London: Verso, 1983); *Lenin and Philosophy and Other Essays*, trad. Ben Brewster (London: New Left Books, 1981); “Pratiques artistiques et luttes de classes III”, en *Cinématique* 15 (1972): 31-74. Munslow especifica que “ideología” “[es] [u]n conjunto de ideas producidas socialmente que forman un grupo o una conciencia. La ideología está específicamente determinada por un tiempo y espacio delimitados. [...] La ideología puede penetrar toda la sociedad y puede ser transmitida por varios mecanismos sociales e institucionales como los medios de comunicación, la Iglesia, la educación y las leyes. En opinión de algunos críticos, la ideología puede encontrarse en artefactos sociales como las estructuras narrativas, incluida la historia escrita, códigos de comportamiento social y serie de creencias” (Munslow 1997: 184; mi traducción).

este libro, la literatura y la historiografía se consideran prácticas socioculturales que comunican ideología por medio de un discurso que se produce, circula y es recibido en espacios geográficos y tiempos históricos determinados.

La ideología no es, pues, “un cuerpo de proposiciones, sino [...] *un sistema de reglas semánticas* que expresa determinado nivel de organización de los mensajes. [...] *un sistema de reglas semánticas para generar mensajes*” (Verón 1969: 141-2).¹⁰ Ahora bien, dado que la expresión ideológica, en grados diferentes, es inherente al proceso de comunicación de los enunciados o mensajes que componen el discurso histórico y literario o cualquier otro discurso, las categorías “ideología” y “discurso” no son fijas, sino que con frecuencia tienden a fundirse y hasta confundirse (*cf.* “ideología”: Introducción, notas 9, 10; capítulo 1, notas 12, 14; capítulo 10, nota 16; “discurso”: Introducción, nota 14; capítulo 1, notas 20, 23; capítulo 2, nota 12).

El estudio de la relación que media entre la ideología y los agentes e instancias (emisor, texto, discurso, receptor, instituciones, espacio geográfico, época histórica) que participan en la realización del evento literario completo es un aspecto del cual se ocupa la semiótica social. De hecho, la semiótica social, como la conciben Roger Fowler, Gunther Kress y Robert Hodge, considera los recursos lingüísticos constituyentes del texto y del discurso como elementos que siempre están en proceso de significación social. En otras palabras, la literatura es concebida como un acto dinámico de comunicación social que produce incesantemente nuevos significados derivados de su contexto de producción y recepción.

Otros conceptos fundamentales de la semiótica social son el “mensaje” y el “signo”. El mensaje es la forma semiótica mínima que posee existencia concreta (Hodge/Kress 1988: 262). Está constituido por signos que, por poner en relación significantes y significados en diferentes tiempos y espacios, son polivalentes y dinámicos, pues siempre están en proceso de generar nuevas significaciones.¹¹ Ahora bien, si en el signo se actualizan una serie de

¹⁰ Esta concepción de ideología integra y complementa la concepción de ideología que he planteado en especial en Introducción, notas 9, 10, 12 y 13.

¹¹ Un signo pertenece a un *sistema*, lo que implica que un signo no se emplea como elemento único, sino como unidad de un conjunto, en el que se dan una serie de relaciones sintagmáticas (“*in praesentia*”) y paradigmáticas (“*in absentia*”). Las sintagmáticas son relaciones de tipo sintáctico en cuanto que tratan del orden y la organización de los significantes, aunque no se deba y/o no se pueda prescindir de los significados. La *sintaxis* se erige así en uno de los componentes, el primero, de la teoría de los signos o teoría semiótica (Albert Galera 1986: 27).

relaciones sintagmáticas y paradigmáticas que contribuyen a la formación y reproducción de significantes y significados, en el mensaje (conjunto de signos) y, por extensión, en el texto (conjunto de mensajes) se distinguen también dos niveles de significación semejantes: el sintagmático y el paradigmático. La estructura sintagmática está formada por una combinación de signos (sintagma) que convergen en una significación en un tiempo y espacio determinado, mientras que la estructura paradigmática está formada por una selección y organización de significados (paradigma), cuya actualización o negación depende del acto de selección en el contexto de dicha estructura (Hodge/Kress 1988: 262). La semiótica social no separa estas dos estructuras, ni tampoco valora una más que la otra, sino que las trata globalmente como conjuntos dinámicos constituyentes de sistemas que producen y reproducen niveles de significación (lecturas) convergentes.

El signo, el mensaje y el texto no sólo poseen movimiento, sino también direccionalidad: “The message has directionality-it has a source and a goal, a social context and a purpose” (Hodge/Kress 1988: 5). Por eso, desde el momento en que un mensaje es puesto en circulación por un agente (autor-narrador o locutor) puede adquirir, y generalmente adquiere, una posición dentro del sistema social. Dicha posición suele estar determinada por intereses de diferente tipo. Asimismo, el receptor (lector u oyente de un mensaje) puede también situarse o adoptar una “posición” en relación al mensaje. Por eso, el mensaje es portador de la ideología del emisor y del receptor, en el caso de la alocución oral, y del autor y del lector, en el caso del texto escrito.¹² En esta investigación es importante identificar la noción de “posición” ideológica de los escritores (“enunciantes”) y de los textos (“enunciados”) de historia e historia literaria para determinar qué lugar institucional (“*locus* de

¹² Roger Fowler explica el concepto de posición (ideológica) adoptada, respectivamente, por el emisor y por el autor en la producción del mensaje oral o escrito: “As there is no sentence which does not imply a speaker taking a certain stance, so there is no text in which the content has not been filtered by an author who has selected and expressed the propositions and so set himself in a certain belief posture towards them. [...] the use of his language determines his perspective on his material, the construction he puts on it, even his construction of it. And using language commits the historian [or the writer] to a valuation posture derived mainly from his location in the cultural system of his speech-community” (1981: 109). Paralelamente, Robert Hodge explica la relevancia que la “posición” (ideológica) del lector obtiene en el texto, así: “[...] each text can be positioned and evaluated against other texts and authors in the genre” (1990: 22).

enunciación”) y cuál perspectiva (“ideología”) emplean los escritores, incluyendo al autor de esta investigación, en las formulaciones (“enunciaciones”) textuales y en la constitución de sus “discursos” oficiales, alternativos o teóricos.¹³

Puesto que los términos “texto” y “discurso” sin ser idénticos pueden ser recíprocos, la posición que adoptan autores y lectores ante el texto, resulta por extensión, análoga a la que adoptan ante el discurso. Aunque la noción de éste es frecuentemente usada para designar al texto, se refiere más bien al proceso social en el cual se inserta la producción lingüística, mientras que el concepto texto se refiere al objeto concreto y material producido por un discurso (Hodge/Kress 1988: 6). De ahí que tanto el texto como el discurso constituyan estructuras o indicios de mensajes producidos y difundidos, material y semánticamente, dentro de una unidad social.

Desde una óptica literaria, el concepto de discurso está constituido por la agrupación e interrelación de un sistema de signos, primariamente lingüísticos, cuya unidad inferior es la frase y cuya unidad superior sobrepasa el texto individual. Por eso, el discurso puede constar de frases, enunciados, párrafos, segmentos textuales, textos enteros; la obra completa de un autor; un grupo de textos pertenecientes, por su estilo o por su cronología, a un movimiento cultural o a una época histórica determinada y todos los textos pertenecientes a una lengua o a un ámbito cultural específico. El discurso también puede comprender otros sistemas de signos como aquellos que se derivan de los emblemas, de la arquitectura, de la fotografía, de la cinematografía, del tráfico automovilístico, de las matemáticas, de la música, de las lenguas artificiales, etc.

La explicación hecha hasta aquí conduce a la siguiente reflexión: tanto el “discurso” como la “ideología” son términos elusivos, dinámicos, y están sujetos a diversas transformaciones que dependen, por ejemplo, de la “posición” social y cultural del productor y receptor de textos y también de los

¹³ Mi posición ideológica, como autor de este libro, es similar a la de un académico de una universidad europea que, desde la perspectiva histórica y teórica del siglo XXI, se propone formular una teoría del Estado y la nación en Colombia que sirva de contexto para el análisis crítico tanto de aspectos de la construcción de la vertiente oficial de la historia e historia de la literatura nacional realizada por intelectuales oficiales de los siglos XIX y XX como de su cuestionamiento hecho por historiadores profesionales y novelistas colombianos de fines del siglo XX y comienzos del XXI.

lugares institucionales y de las circunstancias socio-históricas desde las cuales se producen los discursos. En verdad, no sólo la forma genérica en que se organiza el discurso, sino también el modo en que se encauza en el texto y dentro de las instituciones presupone ideología. Por tal razón, las categorías “texto”, “discurso” e “ideología” son estudiadas aquí en relación directa con los agentes e instituciones que las producen y difunden en épocas y ámbitos socioculturales determinados. Estos agentes e instituciones “producen” y/o articulan “sentido” o ideología desde dentro del discurso tal y como lo sostienen, entre otros, Emile Benveniste, A. J. Greimas, Tzvetan Todorov, Gérard Genette, Roland Barthes, Michel Foucault, Hans Robert Jauss y Roger Fowler, Gunther Kress y Robert Hodge.¹⁴

Greimas confirma la noción de “fabricación” de ideología o de “sentido” en el discurso, cuando arguye que la linealidad (esa característica fundamental del discurso) no es compatible con la simultaneidad del evento. La “linealidad temporal” del discurso es capaz de crear, dentro de sus manifestaciones, secuencias de significaciones relativas al suceso y a su temporalidad y, por eso, es productora de hechos históricos (Greimas 1970: 104). Es decir, el discurso “distribuye” en sí “la manifestación temporal de sentido”. Para Greimas el discurso es “productor de sentido” y también productor del tiempo y del hecho histórico.

Con criterios semejantes, Barthes señala que la atribución y distribución de “sentido” que el historiador impone a su discurso hacen que éste sea esencialmente “elaboración ideológica” o, para ser más preciso, “elaboración *ima-*

¹⁴ Los postulados teóricos provenientes de la narratología que se adoptan en esta investigación son los siguientes: “historia”, “discurso”, “tiempo de la historia”, “tiempo del discurso”, “relato” y “narración”. De la teoría de la recepción tomo los conceptos de “lector activo y competente”, “horizonte de experiencias” y “horizonte de expectativas”. De la semiótica social tomo los conceptos: “signo”, “semiosis”, “mensaje”, “direccionalidad”, “posición” del autor y del lector, “texto”, “discurso”, y “estructura sintagmática” y “paradigmática”. Valga recordar que, pese a que estos postulados se nombran por separado, se interrelacionan y se integran al enfoque neohistoricista adoptado en esta investigación. Las obras en las que se explican estos postulados críticos son: Roland Barthes, “Le discours de l’histoire” (1967: 65-75) y Roland Barthes *et al.*, *Análisis estructural del relato. Communications 8* (1970); Gérard Genette, *Figures III* (1972); *Narrative Discourse Revisited* (1988); Algirdas Julien Greimas, *Du sens. Essais sémiotiques* (1970), *On Meaning. Selected Writings in Semiotic Theory* (1987); Roger Fowler, *Literature as Social Discourse* (1981); Robert Hodge y Gunther Kress, *Social Semiotics* ([1983] 1988); Robert Hodge, *Literature as Discourse* (1990); Hans Robert Jauss, *Toward an Aesthetic of Reception* (1982); y *La literatura como provocación* (1976).

ginaria” (Barthes 1967: 73). El relato histórico y el relato literario se consideran, en última instancia, elaboraciones ideológicas. El discurso produce tanto el tiempo y el hecho ficcional, como también el tiempo y el hecho histórico. La distinción que hace Barthes entre el tiempo de la enunciación y el tiempo de la materia enunciada, coincide con la hecha por Todorov y Genette entre el “tiempo de la historia” y el “tiempo del discurso”.

Barthes afirma que en el discurso histórico se da la yuxtaposición de dos tiempos discursivos: el “tiempo de la enunciación” y el “tiempo de la materia enunciada”. Esta yuxtaposición temporal, según Barthes, desencadena la aceleración de la historia —un capítulo o un número igual de páginas (medida, en grueso, del tiempo de la enunciación) puede cubrir diversos lapsos de tiempo (tiempo de la materia enunciada)— e influye en la manera en que el discurso, materialmente lineal, confronta el tiempo histórico. Todorov confirma que “El tiempo del discurso es, en un cierto sentido, un tiempo lineal, en tanto que el tiempo de la historia es pluridimensional”, lo que lleva al crítico a concluir que “En la historia varios acontecimientos pueden desarrollarse al mismo tiempo; pero, el discurso debe obligatoriamente ponerlos uno tras otro” (citado en Barthes *et al.* 1974: 174). Surge así el consabido dilema: ¿cómo relatar, en el discurso lineal, los hechos que en la vida real se dan simultáneamente?

Gérard Genette ha reelaborado el concepto de “historia” y ha introducido los conceptos de “relato” y “narración”:

Je propose [...] de nommer *histoire* le signifié ou contenu narratif (même si ce contenu se trouve être, en l'occurrence, d'une faible intensité dramatique ou teneur événementielle), *récit* proprement dit le signifiant, énoncé, discours ou texte narratif lui-même, et *narration* l'acte narratif producteur et, par extension, l'ensemble de la situation réelle ou fictive dans laquelle il prend place (Genette 1972: 72).

Los conceptos de “historia”, “relato” y “narración” establecidos por Genette son fundamentales para determinar los modos en que el narrador del evento literario e histórico organiza ideológicamente su mensaje en el texto.

A diferencia de una mayoría de narratólogos que consideran el texto, y por extensión el discurso, como fuente primaria de ideología, Gérard Genette se la atribuye al autor. Al comentar el proceso de transferencia de la ideología del autor a la narración, Genette afirma que no hay razón para que se

libre al autor real de sus verdaderas responsabilidades, sean éstas de orden ideológico, estilístico, técnico o de otro tipo (Genette 1988: 139-40).

No obstante, desde una perspectiva global que abarca todos los eslabones del evento literario, en tanto acto de comunicación social, el semiólogo Roger Fowler considera no sólo al autor como responsable de la ideología articulada en el texto, sino también al lector y a las instituciones (entre ellas la historia y la literatura):

Literature seen as discourse is inevitably *answerable, responsible*; it cannot be cocooned from an integral and mobile relationship with society by evasive critics' strategies such as 'implied author', 'persona', 'fiction'; or 'stasis', 'objectivity', 'depersonalization', 'tradition'. This is *not* to deny the applicability of such concepts in the analysis of literature, of course; only, to demand that they should not be invoked as compositional principles setting literature aloof from other communicative transactions (Fowler 1981: 94).

El hecho de que se localice el tipo de ideología que el autor-narrador transpone en su texto no implica, a mi parecer, resucitar la noción del autor como creador absoluto y propietario único de sus enunciados.¹⁵ Implica, más bien que el estudio de la relación entre las expectativas individuales de los autores y las expectativas sociales de los lectores puede contribuir a localizar la ideología textual y las formas en que el texto adquiere autoridad en una sociedad, por ejemplo, a través de la "selección", el encauzamiento institucional de ciertos discursos, la "exclusión" de otros, y las relaciones de poder sociocultural y político que emergen y sucumben en y durante épocas distantes en el tiempo y en el espacio.

Debido entonces a que la mayoría de los enfoques semióticos se concentran en el estudio de los discursos de una sociedad a través de diagramas y modelos analíticos que la estructuran, combino en este estudio la semiótica clásica y la semiótica social en la elaboración del diagrama que explica la construcción oficial, en el siglo XIX, de la simbología nacional, en sus formas iconográfica (i. e., el escudo, la bandera); musical (i. e., el himno nacional); y arquitectónica (i. e., edificios de estilo neoclasicista y republicano) de Colombia (*cf.* capítulo 3).

¹⁵ La desaparición del autor real, como elemento indispensable del texto, y su reducción a una de las varias "funciones" o "agentes" que intervienen en el acto narrativo ha sido propuesta, entre otros, por Michel Foucault y Roland Barthes.

A diferencia de la semiótica clásica, que suspende la historia centrándose en el estudio del sistema de signos instituidos en el texto, la semiótica social, como ya se mencionó, concibe el texto como un producto social en proceso de significación que se produce, circula y se recibe en contextos históricos y socioculturales diversos. Por lo tanto, para que el evento literario se materialice en una época y en un ámbito cultural, es indispensable la existencia del lector, quien, mediante su acto de lectura, transforma y hace trascender los significados inmanentes del texto.

La participación del lector en el evento literario es tan importante que ha causado el surgimiento de la corriente de la hermenéutica denominada “teoría de la recepción”. Hans Robert Jaus, uno de los representantes de esta corriente explica: “La obra literaria no es un objeto independiente que presenta el mismo rostro a cada observador en cada época. [La obra] [n]o es un monumento que revela monológicamente su esencia eterna” (Jaus en Hohendal 1989: 8; traducción mía). La estética de la recepción de Jaus admite una multiplicidad de lecturas que cambian en el tiempo y en el espacio. En efecto, la lectura de un texto está sujeta a las convenciones literarias y culturales existentes en cada época, las cuales están determinadas tanto por los diversos géneros y formas de los textos como por su comparación e interrelación (i. e., intertextualidad) y por las relaciones entre realidad y ficción que se plantean entre ellos (Hohendal 1989: 8). Las convenciones históricas y sociales, según Jaus, contribuyen a la constitución y establecimiento del significado en el lector, como intérprete activo del texto.¹⁶

Jaus no sólo nos recuerda que existe una relación (dialéctica) entre autores, obras y lectores, sino que insiste en que estos últimos, mediante su lectura activa y competente, reconstituyen la trayectoria histórico-literaria y transforman las convenciones literarias de una sociedad.¹⁷ De acuerdo con Jaus,

¹⁶ En el triángulo formado por autor, obra y público, este último no es sólo la parte pasiva, cadena de meras reacciones, sino que a su vez vuelve a constituir una energía formadora de historia. La vida histórica de la obra literaria no puede concebirse sin la participación activa de aquellos a quienes va dirigida. Ya que únicamente por su mediación entra la obra en el cambiante horizonte de experiencias de una continuidad en la que se realiza la constante transformación de la simple recepción, en comprensión crítica, de recepción pasiva, en recepción activa, de normas estéticas reconocidas, en una nueva producción que las supera (Jaus 1976: 163-164).

¹⁷ Al respecto, no deja de ser interesante notar que la crítica y la teoría literaria europea (i. e., narratología, neohistoricismo y Nueva Historia) de fines del siglo XX, al redescubrir al

la eficacia de la literatura, en tanto acto hermenéutico, está en proporción directa con el grado de experiencia e información que puedan desplegar los autores y lectores antiguos y modernos en la escritura e interpretación de una serie de obras que han pasado a pertenecer a la tradición literaria. Tal experiencia textual, según Jauss, capacitaría a autores, lectores y críticos para orientarse y orientar al público en la comprensión de los textos, obteniendo así una recepción competente. Jauss añade que un nuevo texto actualiza en el lector (oyente) el horizonte de expectativas y las “reglas de juego” (*Zusammenhang von Spielregeln*) que él ya conoce por la lectura de textos previos. Textos que, por virtud de la capacidad alterativa inherente al horizonte de expectativas del lector, pueden ser variados, expandidos, corregidos, transformados, tachados o simplemente reproducidos (Jauss 1982: 22, 79, 88). La lectura activa de una obra literaria, concluye Jauss, puede destruir o transformar las expectativas de sus lectores y suscitar en ellos el deseo constante de cambio.

Stanley Fish, prominente portavoz de la llamada Reading Response Theory, expande y transforma lo expuesto por Jauss, cuando considera que el acto de lectura implica una transacción entre texto y lector en la cual éste proyecta su propia subjetividad aportando al texto sus asunciones y valores sociales que su cultura ha moldeado previamente en él.¹⁸ Por eso, al ser el lector el que determina la forma, el contenido y los modos de lectura del texto, él adquiere la capacidad de dotar al texto de una “existencia real” y de convertirse en un “agente activo” que, a través de su lectura e interpretación, completa (reescribe) los significados inmanentes del texto.¹⁹ Es decir, Fish considera no sólo que los textos poseen su propia realidad y los lectores su

autor (Barthes, Genette) y al lector (Jauss, Fish, Iser), redescubrieron, a su vez, la historia y su papel relevante en el evento literario completo, como acto de comunicación social e histórica.

¹⁸ La noción moderna de *reader-response theory* se originó y desarrolló en Alemania y Estados Unidos en las décadas de los sesenta y los setenta del siglo pasado a partir de estudios críticos como los de Norman Holland, Stanley Fish, Wolfgang Iser y Hans Robert Jauss. Véase, entre otros, el libro de Fish *Is there a text in this class?* (1980), en especial la Introducción y los capítulos 7, 13, 16.

¹⁹ Al concederle más importancia al lector que al texto o al autor, la noción de *reader-response theory* entra en colisión frontal con las teorías del formalismo ruso y el nuevo criticismo norteamericano, que ignoran el rol del lector y de la historia en la interpretación textual y postulan que sólo lo que está dentro del texto (su forma y contenido) es lo que contiene significado y, por eso, es lo único “objetivo” en el texto que es digno de análisis.

propia creatividad interpretativa, sino también que los lectores y las lecturas de los textos son construidos culturalmente.

Estas consideraciones llevaron a Fish a elaborar el concepto de “comunidades interpretativas” (*interpretive communities*) para precisar su idea de que el texto no tiene significado fuera de su contexto sociocultural, ya que la lectura e interpretación de textos no constituye sólo un acto individual, sino que puede involucrar a una serie de lectores (‘recipientes’) e interpretadores (‘receptores’) que por compartir reglas y valores sociales e institucionales conforman múltiples y variadas comunidades interpretativas. Fish arguye que las personas interpretan los textos porque forman parte de una comunidad interpretativa que determina la forma individual y colectiva de leer y entender los textos. En síntesis, el significado de los textos, según Fish, es constituido tanto por el escritor y su comunidad interpretativa como por el texto y por el lector y su comunidad interpretativa, y estas tres instancias son, a su vez, influidas por la historia, las convenciones sociales y las convicciones ideológicas personales y colectivas subyacentes en una sociedad determinada.

Es sabido que los conceptos de *reader-response theory* e *interpretive communities* de Fish, a pesar de o precisamente por desafiar posiciones sociales, académicas e institucionales sobre el triple estatuto de texto, lector y autor, la relación entre lo subjetivo y objetivo en las interpretaciones, el origen de la autoridad en la interpretación textual, el poder de individuos e instituciones en el establecimiento de normas de lectura y los límites de la interpretación han sido, por más de dos décadas, muy influyentes en la determinación de los modos de leer y analizar textos y en las formas de identificar grupos de lectores en áreas como la educación (enseñanza de literatura), la jurisprudencia y la política (interpretación de leyes) y el periodismo (interpretación de noticias). No obstante, también se sabe que los conceptos teóricos de Fish han resultado muy controvertidos por haber sido interpretados, precisamente, como relativos, subjetivos y no bien determinados, como es el caso de la “intencionalidad autorial” (*authorial intend*) atribuida por el crítico norteamericano a los textos y también por la incertidumbre en la determinación de los confines de las comunidades interpretativas.²⁰

²⁰ Con respecto al primer punto de controversia (*authorial intend*), los críticos, en general, argumentan que la intencionalidad del autor es una instancia inmaterial que no puede ser recobrada en la lectura. Sin embargo, lo que plantea Fish no es la identificación de la intencionalidad del autor real, sino más bien la identificación de los modos en que las intenciones del

La semiótica social incorpora, refinándolos, los postulados de la teoría de la recepción de Jauss y Fish en la elaboración de su teoría integral sobre la literatura como comunicación y discurso social. En efecto, conceptos centrales de la semiótica social como “regímenes de producción” (*production regimes*), “regímenes de recepción o de lectura” (*reception or reading regimes*), “regímenes de género” (*gender regimes*) y “regímenes de conocimiento” (*regimes of knowledge*) fueron creados para describir la función que desempeñan los agentes productores, mediadores y receptores (i. e., autor, lector, texto, editoriales), instancias estatales y públicas (i. e., establecimientos de enseñanza e instituciones) y la ideología inherente (i. e., autorial, textual, institucional y pública) en el circuito o evento literario completo que se realiza en una determinada sociedad a partir de la publicación de un libro (Hodge/Kress 1988: 266; Hodge 1990: 32-36).

El concepto de *interpretive communities* de Fish –pese a la controversia que generó (cfr. Introducción, nota 20)–, junto a los diversos “regímenes de producción, recepción, género y conocimiento” postulados por la semiótica social resultan muy útiles en esta investigación, a la hora de identificar los textos y los regímenes de lectura empleados por las comunidades de lectores tanto de las obras que instituyen el canon oficial de la historia y literatura nacional de Colombia como de las renovadoras narrativas de la historia y la literatura que, un siglo después, subvirtieron dicho canon. Específicamente, el empleo de las categorías de lectores propuesta por Fish y por la semiótica social en el análisis de textos oficiales de la historiografía y de la historia literaria de Colombia y

autor implicado en el texto pueden modificar las impresiones del lector y modelar y limitar su interpretación. La afirmación de Fish de que: “I am extending the scope of interpretation to include the interpreters themselves” (1980: 175), contiene la implicación de que diferentes lectores y/o “interpretadores” pueden hacer diferentes lecturas y, por extensión, identificar diferentes intenciones autoriales, ya que, según Fish, tanto las lecturas como las intenciones autoriales son creadas por el lector y no por el autor. En cuanto al segundo punto de controversia, o sea, la subjetividad implicada en el hecho de no poder determinar con certeza la pertenencia de los lectores a una comunidad interpretativa específica, Fish concede que los lectores no pueden saber si pertenecen a una comunidad interpretativa o no porque el mismo acto comunicativo y epistemológico de discutir dicha pertenencia puede ser interpretado, dado que las personas, en tanto “interpretadores”, no pueden salirse de los confines de sus propias comunidades interpretativas: “That is what the notion of interpretive communities [...] is at once objective, in the sense that it is the result of an agreement, and subjective, in the sense that only those who are part to that agreement (and who therefore constitute it) will be able to recognize it” (1980: 178).

de célebres novelas puede contribuir a determinar tres aspectos fundamentales en esta investigación: 1) Agrupar en “comunidades interpretativas” académicas a los letrados, intelectuales y críticos que nacionalizaron el pasado histórico y literario, fundamentándose en la lectura de los escritos de Jiménez de Quesada para así intentar identificar qué tipo de referente nacional crearon entre los lectores colombianos de dichos textos y en qué grado influyeron en la constitución de sentimientos de unidad y comunidad nacional. 2) Agrupar en “comunidades de lectores” constituidas por “el gran público” a los colombianos que, en las décadas de los sesenta y setenta, leyeron el cuento “Los funerales de la Mamá Grande” y la novela *Cien años de soledad*, de García Márquez y, en tal proceso, determinar la forma y el grado en que crearon sus sentimientos de identidad nacional como resultado de la lectura de textos del premio Nobel; y 3) Comparar la forma y el grado de identificación en la construcción de identidad nacional que los textos de Jiménez de Quesada y de García Márquez crearon en los lectores de sus textos.

No obstante, en el estudio de estas cuestiones, es importante distinguir entre lectores modernos y antiguos, y sus lecturas producidas en lugares y épocas diferentes, pues como bien lo explica Mario Valdés:

En cuanto al lector, se tiene que distinguir claramente entre el lector contemporáneo y el lector implícito en el texto literario [...] ¿Cómo vamos a tratar al lector del siglo XVIII? [...] Podemos construir la estrategia del texto que se dirige a un lector, ver las vinculaciones, tipos de voces, modos de apelar, ciertas debilidades del momento, ciertas ideologías del momento dentro del texto. Para una historia literaria es importante el texto en un marco histórico porque se trata no del lector implícito de una obra, sino del lector implícito como una colectividad. Es imprescindible que tengamos datos, a fin de que nos den la información de a quién se dirige el texto, cuáles son los argumentos que se usan para ganarse a ese público. Como se distancia a una parte del público lector (Valdés 1987: 47).

Son precisamente estas, y otras, estrategias de lectura las que se emplean a lo largo de esta investigación para intentar reconstruir históricamente no sólo los lectores antiguos y modernos del pasado (histórico y literario) colombiano, sino también el papel que tuvieron las instituciones y sus publicaciones en la creación de un público lector y en la formación de referentes de alcance nacional u oficial. Específicamente se quiere estudiar aquí cómo se forma y se moldea el sujeto histórico, en tanto escritor y lector de su pasado; cómo obtienen las obras autoridad institucional o pública en determinados

momentos históricos y de qué manera crean unas obras más que otras referentes nacionales más amplios y democráticos.

Por eso, la inclusión de las categorías de historia y ‘literatura como institución’ –que estipulan reglas y convenciones de escritura y lectura de textos y que se interrelacionan con otras instituciones estatales como las academias de lengua e historia e instituciones de enseñanza– resultan, a mi parecer, también productivas en este estudio porque abarcan no sólo la producción y reproducción de textos, sino su recepción individual y colectiva dentro las prácticas y políticas literarias, editoriales y lectoriales promovidas institucionalmente.²¹

Si bien es verdad que la Nueva Historia (New History) y el neohistoricismo (New Historicism) ponen de relieve la gran importancia que tiene el contexto sociohistórico en la producción de los significados que se derivan de los textos y de las lecturas e interpretaciones realizadas por los lectores de una sociedad determinada, también es cierto que dichas teorías relativizan o neutralizan la diferencia establecida entre textos orales y escritos y entre textos producidos dentro de diferentes disciplinas. El neohistoricismo en combinación con la nueva historia proponen una “lectura” no jerárquica con el fin de intentar alcanzar una ‘suma’ de interpretaciones que contribuyan a explicar lo más completamente posible las condiciones socioculturales e ideológicas dominantes en la sociedad estudiada.

La concepción neohistoricista de ‘cultura’ como ‘texto’ que se origina y opera dentro de un ‘contexto histórico y social’ está basada en tres factores fundamentales que deben tenerse en cuenta en las interpretaciones que hacen, entre otros, los críticos de los textos literarios, los historiadores y los antropólogos.²² En primer lugar, que “el lenguaje, oral o escrito, es sólo un medio o un ‘texto’ que resulta limitado en la interpretación de las identidades, la historia, las sociedades o las culturas” (Archetti 1994: 26; traducción mía). Esto es, en la explicación tanto de identidades personales y colectivas

²¹ Las nociones de la literatura y la historia literaria como institución es estudiada detalladamente por Uwe Hohendahl en su libro *Building a National Literature. The Case of Germany 1830-1870* (1985). Véanse, en especial, los capítulos 1, 4, 7.

²² En opinión de la antropóloga Marit Melhuus: “La antropología, con facilidad y quizás incondicionalmente, se ha apropiado de la noción de la cultura como texto. No sólo (los antropólogos) ‘leemos’ las culturas con el objeto de descubrir sus gramáticas culturales, sino también hablamos de textos culturales y ofrecemos interpretaciones de ellos empleando metáforas literarias” (Melhuus citada en Archetti 1994: 65; traducción mía).

como de la historia (historiografía) o de las historias (ficciones) de una nación en formación. En segundo lugar, que las explicaciones o descripciones transcritas en textos (i. e., antropológicos, históricos, literarios u de otras disciplinas) no son más que reducciones, algunas veces yuxtapuestas y complementarias, de la realidad social, como ya lo han atestiguado antropólogos, historiadores y críticos literarios (Archetti 1994: 20). En tercer lugar, que es difícil, si no imposible, concebir la escritura antropológica, la descripción historiográfica y, aun, la novela realista y la novela histórica como presentaciones o representaciones “puras” de hechos reales pasados protagonizados por un individuo, un grupo social o una nación (Marcus/Cushman 1982; Clifford/Marcus 1986; Spencer 1989; Birth 1990).

En este contexto, la Nueva Historia (New History), a través de sus principales portavoces (White 1975; Munslow 1997), postula que los recursos y discursos asociados con la ficción literaria (i. e., la novela) pueden instituirse en modelo narrativo y fuente documental en la investigación y escritura de la historiografía (White 1975: IX) y de la antropología (Appadurai 1991: 202), pues como bien afirma el historiador Alun Munslow: “Precisamente porque es imposible que exista narración sin narrador, tampoco puede existir historia sin historiador. [...] El pasado no se descubre o se encuentra. Es creado o representado por el historiador en forma de texto, el cual, a su vez, es consumido por el lector” (Munslow 1997: 5, 178; traducción mía). Es, entonces, importante para el presente estudio el paralelismo entre la historiografía y la literatura que hacen los historiadores White (1975: IX-XI) y Munslow (1997: 5, 178), al equiparar el historiador con un narrador de ficción; al considerar la estructura del texto histórico como semejante a la estructura de un texto narrativo de ficción; y aun al proponer análisis retóricos o estilísticos de procedencia literaria para el análisis de textos de historia (White 1975: IX-XI).

Tomando entonces como perspectiva global los principios generales del neohistoricismo y los postulados específicos de la Nueva Historia, propongo examinar las relaciones temáticas y literarias que se establecen entre la historia y la literatura, particularmente, el diálogo entre la novela como fuente documental y modelo discursivo de la historiografía y el texto histórico como fuente y modelo narrativo de la novela y no sólo de la novela histórica y realista, sino aun de la novela del realismo mágico. Un objetivo central de esta investigación es identificar los paralelismos y recursos discursivos más importantes que se dan tanto en los textos históricos, sociológicos, judiciales, periódicos, políticos y literarios como en sus pre-textos o textos que sirvieron de

fuente documental a la escritura, lectura e interpretación de la historia y novela colombianas.

Dentro de esta perspectiva transdisciplinaria y comparatista se analizan, en la segunda y tercera parte de este libro, la incorporación intertextual de micro-textos de la novela en los libros de historia y, viceversa; asimismo, la fusión o ‘confusión’ del papel del historiador y el narrador, en tanto escritores y lectores del pasado colombiano registrado en novelas y libros de historia de Colombia. Se examinan textos pertenecientes tradicionalmente a la historia y a la jurisprudencia como si fueran narrativas, a la luz de postulados de la denominada Nueva Historia o New History.²³ Aunque no se pretenda resolver aquí el problema de la doble equiparación entre historiador y narrador y entre el texto histórico y el texto literario, ni tampoco se pretenda localizar la “suma” total de significados textuales de un periodo histórico o las instancias que entran en juego, diálogo o negociación en la producción y reproducción del significado de los textos, el planteamiento e ilustración de estas cuestiones servirá de punto de partida y crítica en el estudio de las relaciones existentes entre la historiografía y la literatura en Colombia a fines del siglo XX y principios del XXI.

En síntesis, la perspectiva socio-cultural e histórica de esta investigación está dada por la combinación de conceptos teóricos y diversas metodologías integradas al marco teórico del neohistoricismo. Específicamente, la combinación de postulados del neohistoricismo, la nueva historia y los estudios culturales permite obliterar las diferencias entre el texto escrito (forense, histórico, literario, periodístico, narrativo y cinematográfico) y los textos musical, arquitectónico y simbólico-emblemático para realizar un análisis textual e interdisciplinario tanto de las circunstancias histórico-culturales de producción y recepción de los textos estudiados como del efecto socio-cultural que han generado los diversos discursos que tales textos han puesto en circulación durante casi doscientos años.²⁴

²³ Me refiero a los siguientes textos de historia e historia literaria “Memoria del Mariscal Jiménez de Quesada (¿1566 o 1576?); *El Antijovio* (1567) de Jiménez de Quesada; *Historia de la revolución de la República de Colombia* (1827) de Restrepo; *Compendio histórico: descubrimiento y colonización de la Nueva granada en el siglo décimo sexto* (1848) de Acosta; *Memorias para la historia de la Nueva Granada* (1850) de Plaza; e *Introducción a la historia económica de Colombia* (1971) y “El estado y la política en el siglo XX” ([1978] 1989); de Tirado Mejía. Los textos jurídicos son: “Indicaciones para el buen Gobierno” (1549) de Jiménez de Quesada y “Las Capitulaciones de los Comuneros” (1781).

²⁴ Jean Franco ya ha destacado la importancia de la crítica cultural y del análisis del discurso como métodos de análisis textual y contextual (1983: 107, 109, 110). En lo referente al

Determinadas en esta investigación el área cultural del objeto de estudio (Colombia); la perspectiva comparatista (historia y literatura); el corpus (textos de historiografía, historia literaria, literatura, jurisprudencia, periodismo y guiones de cine); el marco teórico y metodológico (el neohistoricismo como categoría global que abarca diferentes enfoques y postulados de la narratología, la semiótica social, la estética de la recepción, la ‘nueva historia’ y los estudios culturales), queda por determinar el modo de periodización.

Definir el uso del concepto de periodo en una investigación como la propuesta aquí, que examina discursos procedentes de diversos campos del saber, resulta problemático no sólo porque implica disciplinas con convenciones metodológicas particulares, sino también porque en los textos de historia y literatura se ha dado tradicionalmente una confusión entre “periodo” y “movimiento”. El problema radica en que la noción convencional de “periodo histórico” se refiere (*strictu sensu*) a la progresión histórica o la descripción histórica en torno a un rey, reinado o dinastía de un país (i. e., el siglo XVI, la España de Carlos V); mientras que movimiento se refiere (*strictu sensu*) al orden propiamente literario o estético (i. e., el romanticismo, novela del *boom* o novela del *posboom*). No obstante, periodo y movimiento (*lato sensu*) se han mezclado en los textos de historia y literatura, aplicándose indistintamente a los estudios realizados dentro de estas dos disciplinas (i. e., el barroco o el neobarroco). Referirse a criterios históricos solamente, o literarios aisladamente, o aun a categorías transnacionales (europeas o americanas) para designar procesos que abarcan diferentes tipos de órdenes (i. e., el histórico, el social, el político, el cultural), los cuales no corresponden a las secuencias cronológicas de siglos, puede resultar completamente artificial, si estas categorías histórico-literarias no son cuestionadas y puestas en sus contextos cul-

análisis del discurso, Jean Franco ha observado también que Louis Althusser, Michel Foucault, Hayden White y, en crítica hispanoamericana, Hernán Vidal y Ángel Rama son los investigadores que han introducido y desarrollado el análisis del discurso y la crítica cultural como métodos analíticos en las ciencias sociales y, por ende, en los estudios literarios (1983, 107-120). Estos investigadores, conjuntamente con A. J. Greimas (1970), R. Barthes (1967, 1974), R. Fowler (1981), R. Hodge y G. Kress (1988), han comprobado, desde las perspectivas lingüística, semiótica, narratológica y socio-semiótica, que el análisis del discurso y el enfoque cultural que en los sesenta era empleado sólo para comentar críticamente textos literarios, a partir de la década de 1990 del siglo XX se aplican cada vez más al análisis de textos provenientes de otras disciplinas, cuyas características o convenciones discursivas son aparentemente distintas a las de la literatura.

turales adecuados, como sucede, por ejemplo, en la fusión y confusión del positivismo y del romanticismo europeo del siglo XIX y su transplante al positivismo y al romanticismo articulados usualmente por la historia y la literatura latinoamericanas, los cuales se prolongan del siglo XIX al XX.²⁵

No voy a entrar aquí en la discusión del complejo problema de la periodización inherente a la historia y literatura, sólo quiero tenerlo en cuenta en la ordenación de la materia que hago en la presente investigación para el estudio del origen y desarrollo de la historia e historia literaria en Colombia y sus interrelaciones. Aunque, en general, sigo la cronología, no me limito a una perspectiva diacrónica *per se*, ya que los momentos y rupturas significativas del desarrollo histórico y literario los examino también como cortes sincrónicos. A partir de postulados de Michael Foucault, elaboro las categorías analíticas de “secuencias temporales” y “cortes epistémicos” para referirme, respectivamente, a los segmentos de tiempo que cubren más de diez años y a los que cubren una o dos décadas. Las secuencias temporales implican un sentido de continuidad a la hora de analizar los temas, contenidos, formas escriturales e incluso los alcances y aplicaciones teóricas surgidos en y entre las disciplinas de la historia y la literatura, mientras que los cortes epistémicos determinan rupturas epistemológicas ocurridas dentro de las largas secuencias temporales.

Teniendo presente las perspectivas diacrónicas y sincrónicas planteadas se identifican en este libro tres secuencias temporales, cada una con dos cortes epistémicos, los cuales por su importancia histórica considero hitos tanto en el proceso de formación del Estado y la nación en Colombia como en la construcción oficial de la historia de la literatura e historia nacional y de su consecuente deconstrucción en los discursos históricos y literarios contemporáneos. Por su importancia como núcleos de análisis, los seis cortes epistémicos mencionados ocupan gran parte de esta investigación.

La primera secuencia temporal va desde la fundación de Santa Fe de Bogotá (1538) hasta la independencia política de los criollos granadinos en relación a España (1810-1824). Esta secuencia se caracteriza tanto por la transferencia del sistema imperial español, en tanto unidad jurídico-adminis-

²⁵ “Los conceptos de periodo, en las formas en que los usamos [los latinoamericanos], son europeos y están referidos a la historia intelectual y cultural de Europa. Se les puede exportar sólo en casos en los cuales se ha establecido una total dependencia cultural colonial” (Valdés 1987: 35).

trativa ultramarina, a la colonia de Nueva Granada como por el menoscabo de la unidad comunal (comunidad nacional) de sus habitantes. El primer corte epistémico de esta secuencia es el periodo de veinte años (1549-1569), en la cual Jiménez de Quesada escribió sus “Indicaciones para el buen gobierno” (único escrito conservado de Quesada con referente neogranadino). Algunas de las “Indicaciones” de Jiménez de Quesada fueron convertidas por el emperador Carlos V de España en importantes leyes (cédulas reales) para el gobierno de la Nueva Granada. Las indicaciones, entre otros textos forenses, sirvieron de modelo para la escritura de las “Capitulaciones de los Comuneros” (1781). Por lo tanto, el otro corte epistémico de esta secuencia es la década de 1780, en la que ocurrió la revuelta social de los comuneros del Socorro, cuyo manifiesto revolucionario –las ya mencionadas “Capitulaciones de los Comuneros”– fue el primer documento neogranadino en que los criollos, que no pertenecían a las elites socioeconómicas, manifestaron revolucionariamente tanto la voluntad de independizarse de España como la voluntad de establecer un Estado autónomo y una formación nacional primigenia en el territorio de la actual Colombia.

La segunda secuencia se inicia con el periodo de la independencia de América, iniciado en 1824, que marca la separación política entre la colonia neogranadina y España, y se prolonga hasta la década de 1960. El primer corte epistémico de esta secuencia está marcado por las décadas de 1850 y 1860, en las cuales se constituye el Estado republicano, se instituyen formalmente los partidos liberal y conservador, se escribe la primera *Historia de la literatura de la Nueva Granada* y se funda la Academia de la Lengua en Colombia. El segundo corte epistémico corresponde al periodo que va de 1901 a 1911, en el que ocurre el conflicto territorial con Panamá y Estados Unidos que culmina con la secesión de Panamá en 1903 y con la emergencia en los colombianos de sentimientos espontáneos de unidad nacional como reacción a la invasión territorial del “enemigo” (Panamá y Estados Unidos). Incluye, además, la fundación de la Academia Colombiana de Historia (1902) y la escritura del texto oficial *Historia de Colombia* (1911), que se usará en la enseñanza escolar de “historia patria” hasta la década de 1960.²⁶

²⁶ Tres hechos importantes (mencionados pero no estudiados aquí) ocurridos durante esta secuencia son el relativo crecimiento económico de Colombia a partir de 1930, como consecuencia de la primera industrialización y modernización institucional que fomenta una formación colectiva hacia la unidad nacional; el asesinato del candidato presidencial por el partido

La tercera secuencia se expande desde la década de 1960 hasta el presente. El primer corte epistémico de esta secuencia lo constituye la década de 1960, en la cual, una mayoría de colombianos que viven entonces en las ciudades (aproximadamente el 60% de la población total de Colombia) expresa una voluntad de modernización cultural, reflejada en una creciente actitud colectiva de consumo de mercancías y objetos de cultura, entre ellos, novelas y libros de historia de Colombia. Este corte epistémico cubre tanto la publicación en 1967 de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez como la publicación del texto *Introducción a la historia económica de Colombia* de Tirado Mejía en la formación de millones de nuevos lectores colombianos (“comunidades interpretativas”) y en la formación de un referente nacional (“regímenes de lectura”), alternativo al concepto oficial de nación impuesto por el Estado colombiano. El segundo corte epistémico es la década de 1990, en la cual se vota por referéndum “la Constituyente” (1991), que dará origen a la nueva Constitución de Colombia, creada por el Estado en consenso con dirigentes de diversos grupos políticos y sociales. Se crean por, primera vez en el país, leyes modernas y democráticas que se proponen cubrir a todos los colombianos. Infortunadamente, por la irrupción de las “violencias” en Colombia a fines del siglo XX, muchas de las leyes de la Constituyente no han podido ser completamente instituidas y cumplidas, por lo que tampoco se ha podido cumplir, en la Colombia de principios del siglo XXI, el proyecto democrático de unidad nacional deseado por la mayoría de los colombianos.

Estas tres secuencias temporales pueden esquematizarse así: 1) 1538-1824: administración colonial sin comunidad nacional; 2) 1824-1930: Estado republicano independiente sin comunidad nacional; 1930-1960: fortalecimiento de la formación estatal y búsqueda de una idea más democrática de nación; y 3) década de 1960 al presente: crisis institucional y social que ha impedido el pleno establecimiento de un Estado-nación en Colombia que sea legítimamente más inclusivo y democrático.

liberal Jorge Eliécer Gaitán, que desencadena violentas revueltas populares en Bogotá (el llamado “Bogotazo”) y en todas las ciudades y regiones de Colombia; y la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957), que origina la violencia partidista (1948-1958). Tampoco se estudia aquí el periodo del “Frente Nacional” (1958-1974) que junto a la dictadura de Rojas Pinilla y el Bogotazo causaron la explosión de conflictos socioeconómicos rurales y urbanos que culminaron con la irrupción de “las violencias” en Colombia en la segunda del siglo XX.

Este libro se divide en tres partes. La primera, corresponde cronológicamente a las dos primeras secuencias temporales (1536-1824 y 1824-1960) mencionadas anteriormente; mientras que la segunda y tercera corresponden cronológicamente a la última secuencia temporal (de 1960 al presente). La primera parte (capítulos 1-6) empieza con el estudio del canon y el origen de la historia en Europa y su incidencia en la formación de la historia y la literatura en Hispanoamérica y Colombia (capítulos 1 y 2). Se prosigue con el análisis semiótico no sólo de los lenguajes iconográfico (i. e., el escudo y la bandera de Colombia), arquitectónico (i. e., la arquitectura oficial) y musical (i. e., el himno nacional), sino sobre todo de los usos políticos a que fueron sometidos estos tres tipos de lenguajes por los intelectuales oficiales de Colombia durante el siglo XIX y principios del XX. Posteriormente, el análisis se desplaza al estudio de la vida y obra en Europa y América de Gonzalo Jiménez de Quesada (¿1499, 1503, 1506, 1508, 1512?), con el objeto de determinar si se justifica o no su entronización, por la crítica colombiana del siglo XIX y XX, como fundador de la historia y la literatura de Colombia (capítulo 3). Los resultados obtenidos en el análisis realizado en este tercer capítulo sirven de base bibliográfica, metodológica y temática para el estudio que se realiza en los dos últimos capítulos de esta primera sección. En primer lugar, el examen del poema apócrifo “El Romance de Ximénez de Quesada”, atribuido al padre Antón de Lescanes y su entronización fraudulenta –por parte del escritor santafereño Franco Quijano–, como la primera poesía épica de América que canta las hazañas del conquistador español (capítulo 5). En segundo lugar, el examen de la función que ejerció el discurso de Jiménez de Quesada, en especial, sus “Indicaciones para el buen gobierno” (1549), primero en el establecimiento jurídico del imperio español en la colonia de la Nueva Granada y, después, en la desestabilización de la hegemonía territorial y política española debida, entre otros factores, a la revuelta social iniciada con el manifiesto político de liberación conocido como las “Capitulaciones de los Comuneros”: un manifiesto libertario escrito por los criollos en 1781, tomando como modelo retórico y discursivo las “Indicaciones” que el conquistador español Jiménez de Quesada había escrito unos 230 años antes en la Nueva Granada.

En la segunda parte (capítulos 7, 8, 9) se examina la obra completa de Gabriel García Márquez desde la óptica de la narratología, la semiótica, las teorías de la recepción de Hans Robert Jauss y Stanley Fish, los postulados teóricos sobre la parodia de Linda Hutcheon y la interpretación de la novela

del “tercer mundo” como “alegoría nacional”, propuesta por Fredric Jameson. En el cuento “Los funerales de la Mamá Grande” (1962) y la novela *Cien años de soledad* (1967) se investiga la función del “lector ingenuo” y del “público lector”, así como las diversas formas narrativas y estilísticas usadas por los narradores de García Márquez que –fungiendo en sus relatos unas veces como novelistas y otras como historiadores– cuestionan y subvierten los criterios ideológicos y metodológicos de la historia oficial vigente en Colombia en el siglo XIX y comienzos del XX (capítulo 7). Enseguida, a la luz de la propuesta analítica de Jameson de “la novela como alegoría nacional” –que también se cuestiona aquí– se analiza en el cuento y la novela del Premio Nobel la historia social, política y cultural de la nación colombiana en formación, desde la “entrada” del conquistador Aureliano Buendía, (i. e., contraparte histórica de Jiménez de Quesada) al territorio inhóspito de Macondo (i. e., la Nueva Granada) hasta la instauración del Estado republicano en Macondo-Colombia y la eventual destrucción del Estado-nación de Macondo por obsoleto y por postergar el proyecto de nación democrática en Colombia a principios del siglo XX (capítulo 8). Se retoma el análisis de toda la obra narrativa, periodística y cinematográfica de García Márquez, a la luz de los conceptos de canon y canonización, con el fin de sacar a la superficie las estrategias ideológicas y textuales empleadas por el autor colombiano para cuestionar y “sub-vertir” (crear su propia versión) de la historia y la historia literaria oficial colombiana (capítulo 8). Esta segunda sección finaliza con una expansión del estudio del canon y canonización en textos periodísticos y cinematográficos de García Márquez como estrategia de deconstrucción empleada en toda la obra del premio Nobel para subvertir la vertiente oficial de la cultura colombiana.

En la tercera parte (capítulos 10, 11, 12), se estudia el libro *El caballero de El Dorado* (1939) de Germán Arciniegas; los textos historiográficos *Introducción a la historia económica de Colombia* (1971) y “El Estado y la política en el siglo XIX” ([1978] 1989) de Álvaro Tirado Mejía y la novela *Delirio* (2004) de Laura Restrepo, desde la perspectiva teórica y metodológica del neohistoricismo y de la Nueva Historia. Se busca aquí establecer relaciones metodológicas y discursivas entre la realidad y la ficción; específicamente, entre el texto historiográfico y la ficción, y viceversa. Por medio del cuestionamiento metodológico y discursivo de *El caballero de El Dorado* de Germán Arciniegas, se intenta establecer, primero, si dicha obra es una novela o un texto histórico, y ante la imposibilidad de determinar con certeza su género, se le propone al

lector dos lecturas de dicho texto: una, como novela, en base a las teorías de György Lukács; y, la otra, como un libro de historia, conforme a las teorías de la Nueva Historia (capítulo 10). Con el fin de profundizar en el estudio de las similitudes metodológicas y escriturales, se analiza ahora el texto historiográfico *Introducción a la historia económica de Colombia*, de Álvaro Tirado Mejía, también bajo la óptica teórica de la Nueva Historia (capítulo 11). Pero antes de examinar el papel que desempeña el historiador en tanto narrador del pasado social y económico del país, se establece el contexto de análisis, comentando el cambio de paradigma por el que pasó el estudio de la historiografía a partir de la década de 1940. Esto es, el paso de la historia oficial decimonónica o historia de batallas y conmemoraciones rituales de héroes nacionales al surgimiento de nuevas formas de hacer historia en Colombia. Específicamente, se analiza el largo proceso por el que ha pasado la historiografía en Colombia: desde “la historia oficial”, escrita en sus inicios (década de 1820) por una minoría de hombres de letras interesada en usar políticamente la historia para inculcar sentimientos de pertenencia nacional a una mayoría analfabeta de colombianos, hasta ser convertida (década de 1940) en “la nueva historia de Colombia”, de contenido económico y social, escrita por historiadores profesionales, formados en los recién instituidos departamentos de historia de conocidas universidades colombianas. Seguidamente, se somete el texto historiográfico de Tirado Mejía a un análisis literario convencional, empleando técnicas narrativas como la selección de una estructura externa e interna, la apelación a un referente socio-espacial y temporal, la designación de un narrador, el empleo de recursos novelísticos, tales como el humor, en forma de chiste, mofa e ironía, y la adopción de un lenguaje, un tono y un ritmo en la narración. Posteriormente, en base a la teoría de la nueva historia, se analiza la función del tropo como pilar estructural de la narración histórica, con el fin de determinar qué modo o tipo de trama, argumento e implicación ideológica subyace en el texto histórico de Tirado Mejía. Por último, se retoma la perspectiva literaria de análisis para estudiar los modos de intertextualidad que aparecen en los dos textos historiográficos de Tirado Mejía, esto es, la incorporación en ellos de episodios de tres novelas de los siglos XIX y XX como “pre-textos” (i. e., motivos y textos-fuentes) para explicar aspectos socioeconómicos de la historia colombiana. Finalmente, en el capítulo 11, se adopta la teoría del neohistoricismo para estudiar la representación narrativa del Estado-nación de fines del siglo XX y principios del XXI en Colombia en la novela *Delirio* (2004) de Laura Restrepo. En especial,

se analiza el papel del narrador como historiador, a partir del examen de los principales actores del conflicto socioeconómico (i. e., los militares, paramilitares, guerrilleros, narcotraficantes y la delincuencia común) de la Colombia representada ficcionalmente en la novela de Restrepo. En el Epílogo (capítulo 13) se examina el papel del lector en los tres grandes periodos históricos adoptados en este estudio (la Colonia, la República y la Colombia contemporánea) y se presentan críticamente los resultados de investigación a los que se habrá llegado y sus posibles logros y carencias. Además, se plantean los hilos y trayectorias de investigación que puedan suscitar nuevos estudios en base a los temas y modelos analíticos elaborados en este libro.

A manera de resumen, conviene recalcar que la primera sección de este libro (capítulos 1-6) se ha concentrado en el estudio de la corriente oficial de la historia y de la literatura colombiana que se ha desarrollado principalmente en la capital de Colombia y que ha operado como un sustituto de la verdadera historia y literatura nacional, cuyo estudio, apenas esbozado aquí presupondría el análisis integrado del conjunto de corrientes historiográficas y literarias regionales producidas en todo el país desde la Colonia a la actualidad; mientras que en la segunda y tercera parte del libro se cuestiona el carácter unívoco, monológico y hegemónico de la antigua vertiente oficial de la historia de Colombia, tomando como corpus para el análisis los relatos (literarios, periodísticos y filmicos) de García Márquez, los postulados de la nueva historia de Colombia, la Nueva Historia de Hayden White, el neohistoricismo, la historia oficial que estuvo vigente hasta bien entrado el siglo XX, obras literarias de García Márquez y Laura Restrepo, textos de historia de Tirado Mejía y textos híbridos, como el de Arciniegas, que bordean la historia y la literatura.

En cuanto a la organización de la materia de investigación y a su exposición argumentativa, se debe destacar que se prefirió recurrir a citas, en forma *verbatim*, de los textos que componen el corpus de este estudio, en lugar de recurrir a paráfrasis con el fin de que los estudiantes e investigadores puedan interpretar directa e independientemente las principales fuentes documentales de la historiografía y la historia literaria de Colombia. Por lo tanto, los textos estudiados, en cuanto fuentes primarias, se instituyen en los protagonistas indiscutibles de esta investigación.

Quiero agradecer aquí al profesor Guido Podestá que hace muchos años, durante mis estudios en la University of Madison-Wisconsin, EE UU, leyó rigurosamente la primera parte del manuscrito (la formación de la historia y

literatura oficial en Colombia) y me recomendó no publicarlo entonces, en forma de libro, hasta que pudiera escribir su contraparte: el cuestionamiento de la historia oficial desde la perspectiva de la literatura e historiografía contemporánea de Colombia. Su benéfico consejo dio fruto en la escritura de la segunda y tercera parte del libro. Asimismo, agradezco a Michael Palencia-Roth, *professor emeritus* de la University of Illinois at Urbana-Champaign, EE UU, por la exhaustiva lectura que en varias ocasiones hizo del manuscrito. Sus comentarios y sugerencias enriquecieron metodológicamente este libro. Mis gratitudes a Viviana Montealegre Lozano, de la Universidad Gran Colombia, filial Armenia, por su amistosa ayuda bibliográfico-digital en la parte final de la escritura de este libro. Finalmente, agradezco al editor Simón Bernal por la paciente y detectivesca edición del manuscrito original. Mis más sinceros agradecimientos van dirigidos también a los estudiantes de Maestría de los seminarios de culturas literarias y de historia literaria de Colombia de la Universidad Nacional y Universidad de los Andes de Bogotá, Colombia (primavera de 2008), y de la Universidad de Oslo, Noruega (2007-2012), cuyas preguntas y reflexiones gestaron frecuentes debates y diálogos en torno a la intrigante y dolorosa historia de Colombia. Finalmente, deseo agradecer a la Universidad de Oslo por haberme otorgado un año sabático (otoños 2008 y 2012) que me liberó de mis deberes de enseñanza para poder concentrarme en la escritura del presente libro.